**TEXT 2**

El caso es que Arístides y yo íbamos andando con lentitud por el parque, saludando a derecha e izquierda, deteniéndonos con frecuencia a cumplimentar a algún colega y a sopesar con él la evolución de los acontecimientos del día. Yo quería aparentar normalidad, aterrado de que pudiera adivinarse en mi expresión la duplicidad cómplice que mi ayuda a los tejemanejes de de Sousa no podía dejar de reflejar. Sonreía de continuo, utilizando un tono de forzado optimismo o de gran solemnidad patriótica, según lo requiriera el caso, para dirigirme a unos y otros con inocencia culpable, convencido de que así nada trascendería de mi traición a Francia. Es notable que tomara una sencilla acción de ayuda a unos refugiados por una traición a mi patria adoptiva. ¡Con qué facilidad se somete un ciudadano al más mínimo atisbo de tiranía!

Avanzábamos despacio y supongo que en algo contribuirían a nuestra pesadez de movimientos el calor reinante y el vino consumido. De modo que al cabo de un buen rato, recogida en mi hotel la llave de mi masía y pormenorizadas las explicaciones sobre su localización, decidimos que éste era el momento de cruzar el umbral del establecimiento de aguas de primera clase para darnos una merecida sesión de aguas termales, masajes y musculación.

Lo habríamos hecho, sin duda, de no ser porque topamos de frente con Marie Weisman que acababa de salir del Parc, de visitar a Pierre Dominique, nos dijo. Fue como una aparición; etérea en su camisero de lunares blancos, su sombrerito de paja negra y sus mocasines de dos tonos; parecía flotar sobre el albero del camino.

Es alta y delgada- murmuró Arístides.

Al vernos, Marie aplaudió varias veces con entusiasmo y exclamó:

¡Geppeto y el Portugués! Mis dos amigos preferidos desde esta mañana – por un instante pareció dispuesta a demostrarnos su alegría dándonos a cada uno un sonoro beso en la mejilla. Pero se contuvo. Se acercó sonriendo hasta donde estábamos y nos dio la mano: si no hubiera sentido pudor, la habría retenido entre las mías para disfrutar unos segundos de su piel suave y firme. Suspiró- Uy, qué aire de conspiración se traen ustedes. ¡Qué habrán estado tramando!

Arístides, como de costumbre, tardó un tiempo en contestar y yo me apresuré a decir:

Nada – sonreí -, nada, aquí en Vichy no se trama nada y menos aún desde la llegada del mariscal.

Vichy, 1940

Fernando Schwartz